

## **CAPITULO VI.**

### **LAS IGLESIAS DE LOS VALDENSES.**

**Los Alpes como un lugar de protección.** Una preciosa peculiaridad de Los Valdenses es que hubieran de ocupar un lugar tan prominente en la historia de Europa. Habían existido testigos de la verdad en los Alpes por muchos años. En Italia, yendo hacia el sur casi hasta llegar a Roma, en toda la parte sur de Francia y aun en lugares tan remotos como Holanda se habían encontrado cristianos que no consideraban su vida preciosa para sí mismos. Esto era especialmente cierto en la región de los Alpes. Estos valles y montañas estaban fortificados por la misma naturaleza gracias a sus complicados pasos y baluartes de rocas y montañas; y la impresión que dan es la de que el sabio Creador hubiera, desde el principio, diseñado esos lugares como un gabinete en el cual habría de colocar joyas de un valor inestimable, o en el que se habrían de preservar miles de almas que no doblarían su rodilla ante Baal (**Morland, History of the Evangelical Churches of the Valley of the Piedmont, 5. London, 1658**)

**Pedro Waldo.** Un nuevo movimiento, o mejor dicho uno viejo pero con un nuevo nombre, recibió un gran ímpetu. Pedro Waldo, también llamado Valdesius, o Waldensis, era un rico y distinguido ciudadano de Lyon, Francia, en las décadas finales del siglo XII. Waldo fue guiado a estudiar la Biblia, e hizo una traducción de ella que circulaba entre la gente. La lectura de los Evangelios le llevó a una imitación de Cristo. Waldo adoptó como su estilo de vida aquel que aprendió de las Escrituras, y pronto tuvo una multitud de discípulos. Ellos dieron sus propiedades a los pobres y comenzaron a predicar en la ciudad.

**Sus viajes 'misioneros'.** Cuando se rehusaron a dejar de predicar, fueron expulsados de Lyon. Tomando a sus mujeres y a sus hijos consigo, emprendieron un verdadero viaje misionero. El terreno para su trabajo había sido bien preparado por los Albigenses y los Cataros, así como por la insuficiencia y la inmoralidad de los clérigos Católico Romanos. Ellos viajaban en parejas, vestidos con ropas de lana, con zapatos de madera, o inclusive descalzos. Penetraron Suiza y a la parte norte de Italia. Por todas partes se encontraron con una cálida respuesta. El asiento principal de los Valdenses vino a ser las pendientes conocidas como los Alpes Cottian y el oriente del Piamonte, la Provenza Occidental y Dauphiny. Su número se multiplicó por millares. Es cierto que al principio de su carrera, Waldo era Católico Romano, y que sus seguidores se separaron de sus antiguas supersticiones.

**Origen de los Valdenses.** Ha habido mucha discusión con relación al origen de los Valdenses. Por una parte se afirma que se originaron con Waldo, sin tener conexión alguna con movimientos anteriores. Este punto de vista es sostenido en forma absoluta, probablemente, por sólo unos cuantos, pues inclusive Comba admite que "en cierto aspecto, su antigüedad debe ser admitida" (**Comba, Historia de los Valdenses en Italia, 12**); y él mismo declara que los Valdenses mismos consideraban ser de un origen muy antiguo. Quienes sostienen este punto de vista generalmente afirman que los Valdenses fueron influenciados por los Petrobrusianos, los Arnoldistas y otros grupos. Otros afirman que los Valdenses eran parte de un movimiento general de disensión en contra de Roma. Ellos eran "del mismo movimiento general" que produjo a los Albigenses (**Fisher, History of the Christian Church, 272. New Cork, 1887**).

**El nombre.** La posición que se sostiene es que el nombre Valdenses proviene del italiano Valdese, o Waldesi, que significa un valle, y, por lo tanto, ellos vivían en los valles. Eberhard de Béthune, 1160 D. C., dice: "Algunos se llaman a sí mismos Vallenses, porque viven en el valle de tristezas y lágrimas" (**Monastier, A History of the Vaudois Church, 58. London, 1848**). Bernard, el Abad de un Monasterio de los Remonstrants, en la Diócesis de Narbonne, alrededor de 1209, dice que ellos se llamaban "Valdenses, es decir, los de un oscuro valle, porque están envueltos en su profunda y gruesa neblina de errores" (**Migne, CCIV. 793**). Waldo era llamado así porque era un hombre de los valles, y era el destacado líder de un grupo de gentes que habían existido desde hacía muchos años. Este punto de vista es ardientemente sostenido por la mayoría de los historiadores de los Valdenses (**Legar, Histoire Générale des Baudios. Leyden, 1669**). Lo cierto es que eran llamados con los nombres de todos los antiguos grupos (**Jones, History of the Christian Church, 308**). Jacob Gretscher, de la Sociedad de Jesús, Profesor de Dogmática en la Universidad de Ingolstadt, 1577 D. C., examinó a fondo el tema y escribió en contra de los Valdenses. Él afirmó su gran antigüedad, y declaró que él creía "que los Toulousianos y los Albigenses condenados en 1177 y 1178 no eran otros que los Valdenses. De hecho sus doctrinas, disciplina, forma de gobierno forma de vida, y aún los errores que les eran achacados demuestran que los Albigenses y los Valdenses eran ramas distintas de la misma secta, o que el posterior había surgido del anterior" (**Rankin, History of France, III. 198-202**).

**La opinión de historiadores Católico Romanos con respecto a su origen.** El más remoto origen ha sido reclamado por los Valdenses, reconocido por sus enemigos y confirmado por los historiadores. "Nuestros testigos son todos Católico Romanos", dice Vedder, "hombres de mucho conocimiento y grandes habilidades, pero tan profundamente prejuiciados en contra de los herejes como pudiera llegar a ser posible. Esto establece desde el principio una presunción en contra de la confiabilidad de su testimonio, y es para nosotros una

advertencia que debemos considerar en la forma más cuidadosa, examinando cada detalle de ese testimonio antes de aceptarlo. Pero, por la otra parte, nuestros testigos fueron hombres que tuvieron extraordinarias oportunidades para descubrir los hechos; algunos de ellos fueron Inquisidores por muchos años, y nos proporcionan los resultados de los interrogatorios de muchas personas" (**Vedder. The Origin and Teaching of the Valdenses.** Publicado en **The American Journal of Theology, IV. 466**). Ésta es una muy interesante fuente de información.

**Rainerio Sacchoni.** Rainerio Sacchoni fue por diecisiete años uno de los más activos predicadores de los Cataros, o Valdenses de Lombardía; más tarde su unió a la Orden de los Dominicos y se convirtió en adversario de los Valdenses. El Papa lo nombró Inquisidor en Lombardía. La siguiente opinión con relación a la antigüedad de los Valdenses fue vertida a través de uno de los Inquisidores Austriacos en la Diócesis de Pasau, alrededor del año 1260 (**Preger, Beitrage zur Geschichte der Waldesier, 6-8**). Él dice:

"No hay, de entre todas las sectas, una que sea más perniciosa a la iglesia que la de los Leonistas (Valdenses), y esto por tres razones: **La primera**, porque es la más antigua, pues algunos dicen que data desde los tiempos de Silvestre (325 D. C.), mientras que otros los ubican como descendientes de los apóstoles. **La segunda**, porque es la más extendida. Difícilmente puede encontrarse un país en el que esta secta no exista. Y **la tercera** porque si bien es cierto que otras sectas provocan horror en aquellos que les dan su oído, los Leonistas, por el contrario, poseen una gran atracción externa de piedad. De hecho, viven vidas irreprochables delante de todos los hombres, y por lo que se refiere a su fe y a sus artículos doctrinales, son ortodoxos. Su gran error es que blasfeman en contra de la iglesia y de la clerecía, cuestiones en las que los laicos en general son fácilmente mal guiados (**Gretscher, Contra Valdenses, IV**).

**Preger.** Entre los Valdenses prevalecía la convicción de que ellos eran de origen muy remoto y verdaderamente apostólico. "Ellos se llaman a sí mismos", dice David de Augsburgo, "sucesores de los apóstoles, y dicen tener la autoridad apostólica, y las llaves para atar y desatar" (**Preger; Der Tractat des David von Augsburg ubre die Waldensier. Munich, 1876**).

**La Declaración de los Valdenses. Las nobles lecciones.** Tenemos a la mano una declaración de los propios Valdenses. En una copia manuscrita que data de 1404 D. C., de un documento histórico de los Valdenses, que algunos han fechado en el año 1100 D. C., podemos encontrar lo que ellos mismos decían respecto a su antigüedad. **Las Nobles Lecciones**, como se llama el documento, dice así:

Nosotros no encontramos por ninguna parte en el Antiguo Testamento que en algún momento se hubiera extinguido la luz de la verdad y de la santidad. Siempre han existido personas que han caminado por las sendas de la justicia y de la rectitud. Su número, en ocasiones, se vio reducido a unos cuantos; pero jamás desaparecieron por completo. Nosotros creemos que lo mismo ha ocurrido desde los tiempos de Cristo hasta el presente; y que así será hasta el final. Porque si la obra de Dios fue establecida, lo fue para que permaneciese hasta el fin de la era. Ella preservó, por mucho tiempo, la virtud de la santa religión y, según la historia antigua, sus líderes vivieron en pobreza y humildad por algo así como tres siglos; es decir, hasta los tiempos de Constantino. Bajo el reinado de este Emperador, quien era leproso, existió un hombre en la iglesia, llamado Silvestre, un ciudadano romano. Constantino acudió a él, fue bautizado en el nombre de Jesucristo, y fue curado de su lepra. El Emperador, viéndose sanado de tan repugnante enfermedad en el nombre de Jesucristo, pensó honrar a aquél quien había sido el vehículo para su curación, colocando sobre él la corona del Imperio. Silvestre la aceptó, pero sus compañeros, según se dice, no lo consintieron, se separaron de él y continuaron por la senda de la pobreza. Luego, Constantino se fue a las regiones más allá del mar, seguido por una multitud de romanos, y edificó la ciudad a la que dio su nombre – Constantinopla; así que desde ese tiempo el heresiarca se levantó en honor y dignidad, y el mal fue multiplicado sobre la tierra. Nosotros no creemos que la iglesia de Dios se haya apartado un ápice del sendero de la verdad; pero hubo un grupo que cedió, y como usualmente sucede, la mayoría fue llevada hacia lo malo; mientras tanto, la otra porción permaneció fiel a la verdad que había recibido. Fue así que, poco a poco, la santidad de la iglesia declinó. Ocho siglos después de Constantino, se levantó un hombre llamado Pedro, nativo – dicen—de un país llamado Vaud (**Schmidt; Aktenstrucke, ap. Hist. Zeitschrift, 1852 s. 239. MSS. Cambridge University, vol. A. f. 236-238 and Noble Lesión, V. 403.** Para verificar la autenticidad de **Las Nobles Lecciones, ver Brez, Histoire des Baudios, I. 42. Pariz, 1796).**

Neander, el gran historiador, comentando este documento sugiere que pudo haber sido “de un origen más antiguo” que 1120. Más aún, él dice:

Pero no es sin fundamento en la verdad que los Valdenses de este período afirmaron la gran antigüedad de su secta, y mantuvieron que desde los tiempos de la secularización de la iglesia, es decir, según ellos creían, desde los tiempos del regalo de Constantino al Obispo Romano Silvestre, fue que la oposición que en ellos había existido todo el tiempo, finalmente se manifestó. Véase Pilicdorf contra Valdenses, c. i. Bibl. Patr. Ludg. T. XXV, f. 278. (**Neander, History of the Christian Church, VIII.352).**

Tal era la tradición, y tal era la opinión de los Valdenses con relación a origen. Ellos mantenían “una perpetuidad secreta” durante la Edad Media,

desafiando a la perpetuidad Católica” (**Michelet. Histoire de France, II. 402. Paris. 1883**).

**Los Reformadores. Beza.** Teodoro Beza, el Reformador del siglo XVI, expresa los sentimientos de la época, cuando dice:

Por lo que toca a los Valdenses, puedo permitirme llamarlos la semilla misma de la Iglesia Cristiana primitiva y pura, puesto que ellos son quienes han sido sostenidos, como es claramente manifiesto, por la maravillosa providencia de Dios, en forma tal que ni las interminables tormentas. Ni las tempestades que han sacudido a todo el mundo cristiano por tantos años, y la parte occidental tan miserablemente oprimida por el Obispo de Roma, falsamente así llamado; ni las horribles persecuciones que han sido expresamente levantadas en su contra, han sido capaces, hasta ahora, de hacerlos doblarse, o ceder voluntariamente al grado de someterse a la tiranía y la idolatría Romana (**Morland, History of the Evangelical Churches, 7**).

**Jonathan Edwards**, el gran Presidente de la Universidad de Princeton, en su “Historia de la Redención”, dice de los Valdenses:

En cada era de este oscuro tiempo, aparecieron personas especiales que dieron un fiel testimonio en contra de la corrupción y la tiranía de la Iglesia de Roma; y éstas aparecieron en todo el mundo cristiano. No hay una época en particular que pudiera llamarse ‘del anticristo’, aún en los tiempos más negros, pero los historiadores eclesiásticos mencionan por su nombre a muchos que mostraron aborrecimiento por el Papa y su idolátrica adoración. Plugo a Dios mantener una sucesión ininterrumpida de testigos a través de todos los siglos, en Alemania, Francia, Inglaterra y en otros países, como lo demuestran los historiadores mencionándolos nombre por nombre y dando una relación del testimonio por ellos sostenido. Muchos de ellos eran personas no públicas, muchos otros eran ministros, y algunos magistrados y personas de gran distinción. Y hubo, en todas las épocas, aquellos que fueron perseguidos y muertos por su testimonio.

Y luego, hablando en forma específica de los Valdenses, dice:

Algunos de los propios escritores papistas aceptan que estas gentes nunca se sometieron a la iglesia de Roma. Uno de esos escritores, hablando acerca de los Valdenses, dice: ‘la herejía de los Valdenses es la más antigua herejía en el mundo. Se cree que estas gentes primero huyeron a los desiertos y a los lugares ocultos en las montañas para protegerse de la severidad de esta persecución pagana, que tuvo lugar antes de Constantino el Grande.’

**Los historiadores especiales de los Valdenses. Faber.** Estos historiadores reclaman para los Valdenses el origen más remoto. Por ejemplo, el Sr. Faber dice:

La evidencia a la que me he referido demuestra fehacientemente, no sólo que los Valdenses y los Albigenses existieron con anterioridad a Pedro de Lyon sino que, en el momento de su aparición en la parte final del siglo XII, ellos ya eran considerados como dos comunidades de gran antigüedad. De donde se deduce que, aún en los siglos XII y XIII, las Iglesias Valdenses ya eran consideradas de tal antigüedad que su origen eran fechado, aún por sus propios enemigos Inquisidores, mucho más allá de lo que la memoria humana podía recordar. Los Romanistas mejor informados de ese período ni siquiera intentaban dar una fecha cierta de su organización. Ellos simplemente no podían mencionar alguna fecha específica en la que estas venerables iglesias no hubieran existido. Todo lo que sabían con certeza era que ellas habían florecido muchísimo tiempo atrás, que eran más antiguas que cualquier secta moderna, y que ellas habían existido visiblemente desde fechas más allá de lo que la memoria de cualquier hombre podía recordar **(Faber, The Vallenses and Albigenses).**

**Morland.** Sir Samuel Morland observa que cualquier lapso entre Claudio de Turín y Waldo "afectaría la sucesión continua de estas iglesias, dando a entender que habían dejado de existir, tanto como podría decirse que el sol o la luna han dejado de existir cuando son eclipsados por la interposición de cualquier otro cuerpo, o que algún importante río ha dejado de existir porque ha comenzado a correr bajo la superficie y de momento no es visible" **(Acland, The Glorious Recovery of the Vaudois, xxxvi).**

**Escritos de Claudius Seisselius con relación al carácter de los Valdenses.** Muchas páginas podrían llenarse describiendo el carácter recto de los Valdenses pero el espacio sólo permite la inclusión de unas cuantas declaraciones de sus propios enemigos. Al respecto, el testimonio de Claudius Seisselius, Arzobispo de Turín, es muy interesante. Él dice: "Haciendo a un lado su herejía, ellos generalmente viven vidas más puras que las de otros cristianos. Jamás maldicen, excepto cuando se ven obligados a hacerlo (una característica de los Anabautistas), y rara vez toman el nombre de Dios en vano. Cumplen fielmente sus promesas y, la mayoría de ellos, vive en la pobreza, profesando vivir la vida y la doctrina apostólica. Ellos también dicen que su deseo es vencer solamente a través de la simpleza de su fe, la pureza de su conciencia y la integridad de su vida, y no por medio de atractivas filosofías y sutilezas teológicas." Y él cándidamente admite que "Por lo que toca a sus vidas y su moralidad, son absolutamente irreprochables delante de los hombres, apegándose con todas sus fuerzas a observar los mandamientos de Dios" **(Perrin, Hist. Des Vaudois, I. v. Génova, 1618).**

Durante la persecución de los Valdenses de Merindol y Provenza, un cierto monje fue comisionado por el Obispo de Cavaillon para sostener una conferencia con ellos, a fin de que pudieran ser persuadidos de sus errores y se evitara así el derramamiento de sangre. Aquel monje retornó a su Obispo todo confundido reconociendo que en toda su vida jamás había aprendido tanto de las Escrituras como en sus pláticas con aquellos herejes. El Obispo, no queriendo ceder tan fácilmente, envió a otro grupo, mezclando entre ellos a varios doctores, jóvenes que recientemente se habían graduado de la Sorbona, en Paris, que a la sazón era la cuna de las sutilezas teológicas. Uno de estos doctores públicamente declaró que había entendido con más claridad la doctrina de la salvación después de escuchar las respuestas de aquellos niños en su catecismo que en todas las discusiones en las que jamás había participado (**Vecembesius, Oratio de Waldensibur et Albigensibus Christianis, 4**).

**Sus usos y costumbres.** Después de describir a los habitantes de los valles de Fraissinieri, continúa diciendo:

Sus ropas están hechas de pieles de ovejas; no tienen lino. Viven en siete aldeas, sus casas están construidas de piedra, con un techo plano recubierto con tierra; cuando la lluvia remueve esa tierra, ellos la vuelven a colocar y a alisar con un rodillo. En estas aldeas viven con sus ganados, separados los corrales por una cerca. Ellos tienen dos grandes cuevas que utilizan con propósitos muy específicos. En una esconden sus ganados, y en la otra se esconden ellos, mismos, cuando son buscados por sus enemigos. Ellos sobreviven a base de una dieta de leche y carne de venado; gracias a su constante práctica, son excelentes tiradores. Son pobres de solemnidad, pero viven contentos, aislados del resto de la humanidad. Una cosa que es extraña acerca de estas gentes es que, tan rudos y aún salvajes como se ven en el exterior, hayan cultivado tanto su moralidad. Ellos conocen suficiente del idioma Francés como para leer su Biblia y cantar sus Salmos. Difícilmente puede encontrarse entre ellos a un joven que no pueda dar cuenta de la fe que lo sustenta. En esto se parecen a sus hermanos residentes de otros valles. Ellos pagan sus tributos en buena conciencia, y la obligación que tienen de cumplir ese deber es claramente destacado en sus Confesiones de Fe. Si por causa de alguna guerra civil se vieran impedidos de cumplir con sus tributos, ellos cuidadosamente ponen aparte la suma que proceda, y en la primera oportunidad la remiten a los cobradores de impuestos del rey (**Thaunus, Hist. Sui temporis, VI. 16**).

**Sus principios.** El primer principio distintivo de los Valdenses tenía que ver con su conducta y fue resumido en las palabras del apóstol: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres". Los Católicos Romanos interpretaron esto como una negativa a someterse a la autoridad del Papa y de los prelados. Todos los ataques iniciales en contra de los Valdenses incluyen esta acusación. En realidad, este principio constituía una afirmación positiva de la base Bíblica

que fundamenta la independencia religiosa, conteniendo el principio de 'libertad religiosa' sostenido por los Anabautistas de la Reforma.

El segundo de los principios distintivos de los Valdenses era la autoridad que daban a las Sagradas Escrituras y el hecho de que abogaban por el uso popular de las mismas. En esto, los Valdenses nuevamente se adelantaron a la Reforma. Para ellos, la Biblia era un libro vivo, y había entre ellos quienes podían citar largos pasajes de memoria.

El tercer principio era la importancia de la predicación y el derecho de los laicos a ejercer tal función. Pedro Waldo y sus asociados eran predicadores. Todos los documentos antiguos en contra de los Valdenses hacen referencia a la práctica Valdense de predicar como una de sus peores herejías, y como una evidencia de su arrogancia y de su rebeldía. Alanus los llama 'falsos profetas'. Inocente III, escribiendo acerca de los Valdenses de Metz, reconoció como loable su deseo de conocer las Escrituras, pero como perverso el hecho de que se reunieran en secreto y que usurparan la función de la predicación. Ciertamente, ellos predicaban en las casas y por los caminos y, cuando era posible, en los templos.

Ellos concedían tanto a la mujer como al hombre el derecho de enseñar la Palabra de Dios, y cuando se mencionaban las palabras de Pablo señalando que las mujeres debían callar en las congregaciones, ellos decían que ellas no predicaban sino que sólo enseñaban, citando como base de su práctica el pasaje de Tito 2:3, "**Las ancianas ... sean... maestras del bien.**" Ellos decían que no era la ordenación de la iglesia, sino el mérito espiritual, el que daba el derecho de atar y desatar. Con estos principios ellos sacudieron la base misma del sistema sacerdotal romano.

A la afirmación de estos principios fundamentales, los Valdenses añadieron, con base en el Sermón del Monte, el rechazo a los juramentos, la condenación a la pena de muerte, al purgatorio y a las oraciones por los muertos. Hay sólo dos caminos que pueden seguirse después de la muerte, decían los Valdenses, el camino al cielo o el camino al infierno (**Schaff, History of the Christian Church. V. Pt. I. 502-504**).

El movimiento Valdense tocó muchas vidas, a lo largo de muchos siglos, atrayendo conversos de muchas fuentes. Muchos Católico Romanos fueron convertidos y seguramente algunos de ellos trajeron consigo algunos errores doctrinales. Aún más, el término 'Valdense' es genérico, y no pocos han caído en errores respecto de ellos al haber pasado por alto este hecho. El nombre incluía a personas que vivían en tierras muy lejanas unas de otras y había variedad de costumbres entre estos, y posiblemente también había diferencia en las doctrinas. Hubo una conferencia sostenida entre los Hombre Pobres de

Lombardía y los Valdenses. Los Valdenses de Italia y de Francia posiblemente tenían orígenes diferentes, y en la conferencia encontraron que había otras diferencias entre ellos. Es posible que algunos de los (así llamados) Valdenses Italianos practicaran el bautismo infantil (**Dollinger, Sektengeschichte, II. 52**) No hay prueba alguna de que los Valdenses Franceses, o el resto de los Valdenses, hubiera practicado jamás el bautismo infantil. Hubo una unión de los Hombres Pobres de Lyon, como eran llamados algunos de los seguidores de Waldo, y los Arnoldistas; ellos, como un todo, rechazaron en bautismo infantil.

**El bautismo infantil.** La Confesión de Fe de los Valdenses indicaba que ellos no practicaban el bautismo infantil. Hay una Declaración de Fe que fue publicada por Perrin, en Génova, en 1619, a la que Sir Samuel Moreland le pone como fecha el año de 1120 (**Morland, History of the Churches of the Piedmont, 30**). Esta segunda fecha es posiblemente demasiado temprana, pero el documento en sí es concluyente. El artículo doce dice como sigue:

“Nosotros consideramos los sacramentos como señales de cosas santas, o el emblema visible de bendiciones invisibles. Nosotros consideramos apropiado, e inclusive necesario, que los creyentes utilicen estos símbolos o formas visibles, cuando sea posible. A pesar de eso, nosotros sostenemos que los creyentes pueden ser salvos sin (la administración de) esas señales, cuando no haya el lugar apropiado o la oportunidad para observarlas. (**Perrin, Histoire des Vaudois, I. xii., 53**).

En 1544 los Valdenses, a fin de eliminar los prejuicios que había en su contra, y para manifestar su inocencia, enviaron al rey de Francia una Declaración de Fe por escrito. El Artículo Siete, acerca del bautismo, dice:

Nosotros creemos que en la ordenanza del bautismo el agua es el elemento visible y externo, que representa a nosotros aquello que, gracias a las operaciones invisibles de Dios, está dentro de nosotros, la renovación de nuestras mentes y la mortificación de nuestros miembros a través de (la fe en) nuestro Señor Jesucristo. Y a través de esta ordenanza somos recibidos en la santa congregación del pueblo de Dios, previa nuestra profesión de fe y cambio de vida (**Sleiden, The General History of the Reformation, 347. Londres, 1689**).

**El bautismo de adultos.** Otros escritos de los Valdenses tampoco comunican aceptación alguna del bautismo infantil. Existe un “Tratado respecto del Anticristo, el Purgatorio, la Invocación de los Santos, y los Sacramentos”, documento que el Obispo Hurd ubica en el siglo XIII. Hay un pasaje en dicho documento que condena al Anticristo puesto que “él enseña a bautizar a los niños para incorporarlos a la fe, atribuyendo a este acto – el rito externo del bautismo-- el efecto de la regeneración, y con estas bases concede órdenes, y,

ciertamente, base para toda la Cristiandad" (**Morland, Churches of the Piedmont, 148**).

Un Catecismo emanado de los Valdenses del Siglo XIII no hace alusión alguna al bautismo infantil. Dice que la iglesia católica, es decir, los elegidos de Dios, a través de los méritos de Cristo, es reunida por el Espíritu Santo, y preordenada a vida eterna (**Gilly, Waldensian Researches, I. lxxii. Londres, 1825**), lo cual no es consistente con la práctica del bautismo infantil.

**Las Nobles Lecciones** dicen: "Bautizad a aquellos que creen en el nombre de Cristo Jesús" (**Morland, Churches of the Piedmont, 112**).

Hay una Liturgia muy antigua que era utilizada por los Valdenses. Los Oficios no contienen instrucción alguna para el bautismo de infantes. Robinson dice que no tiene ...:

"... la sugerencia más mínima de (la práctica del) bautismo infantil; al contrario, hay una Instrucción sobre cómo hacer un cristiano de un pagano, antes del bautismo, y para el lavamiento de pies posteriormente. Los discursos iniciales del presbítero presentando el Credo, van así: 'Queridos hermanos, los sacramentos divinos no son propiamente asunto de investigación, sino de fe, y no sólo de fe, sino también de temor, porque nadie puede recibir la disciplina de la fe, a menos que tenga un fundamento, el temor del Señor ... por tanto, ustedes están a punto de escuchar el credo, porque sin él, Cristo no puede ser anunciado, ni ustedes pueden ejercer su fe, ni el bautismo puede ser administrado'. Después de que el presbítero había repetido el credo, lo desarrollaba, hablando de una inmersión trina, a fin de que hubiera una digna participación en el bautismo (**Robinson, Ecclesiastical Researches, 473, 474**).

Los Católico Romanos pronto entraron en conflicto con los Valdenses en el tema del bautismo. El Concilio de Letrán, en 1215 D. C., señalando a los Valdenses, declaró que "el bautismo en agua era provechoso tanto para infantes como para adultos" (**Maitland, Facts and Documents, 499**). Existe una larga lista de autores Católico Romanos de este mismo corte. Uno de ellos dijo, "Yo puse mucha atención a sus errores y a sus defensas". Algunos de estos autores son citados aquí.

Enervinus de Colonia escribe una carta a San Bernardo, en la que dice de los Valdenses:

"Ellos no creen en el bautismo infantil, citando como su base ese pasaje de la Escritura que dice, "El que creyere y fuere bautizado será salvo" (**Mabillon, Veters Analecta, III. 473**).

Petrus Cluniacenses, 1146 D. C., escribió en contra de los Valdenses y los acusó de que enseñaban:

“Que los niños no debían ser bautizados, ni podían ser salvos mediante la fe de otro, sino que debían ser salvos y bautizados con base en su propia fe . . . y que quienes fueran bautizados en la infancia, cuando crecieran debían ser bautizados nuevamente . . . o más bien ser correctamente bautizados” (**Hist. Eccl. Madgeburg, cent. XII, c. v., 834**).

Eckbert de Schonaugh, dice:

“Que el bautismo no produce beneficio alguno a los infantes, porque ellos no pueden pedirlo por su propio deseo, porque no pueden confesar fe alguna” (**Migne, CXCIV. 15**).

Pictavius, 1167 D. C., dice:

“Que al confesar con sus boca a Dios, anulan totalmente todos los sacramentos de la iglesia, a saber; el bautismo de infantes, la eucaristía, la señal de la cruz viviente, el pago de los diezmos y las limosnas, el matrimonio, las instituciones monásticas y todos los deberes de los sacerdotes y de los eclesiásticos” (**D’Archery, Veterum aliquot Scriptorum Spicilegium, II**).

Ermengars, 1192 D. C., dice:

Ellos pretenden que este sacramento no puede ser conferido excepto a aquellos que lo demanden con sus propios labios; por lo tanto, infieren el otro error, que el bautismo no aprovecha en nada a los infantes que lo reciben” (**Migne, CCIV. 1255**).

Alanus, un monje de la Orden Cistersiana, era un escritor muy prolífico, y sus conocimientos y habilidades le ganaron el título de ‘Universalis’. Él murió en el año 1201 D. C. De los Valdenses dice que enseñaban:

“Que el bautismo no produce beneficio alguno sino hasta que se ha llegado a la edad de la razón. Los infantes no se benefician de él porque ellos no pueden creer. Ello porque al candidato usualmente se le pregunta si ha creído en Dios, el Omnipotente Padre. El bautismo beneficia al no creyente tanto como beneficia al infante. ¿Por qué habrían de ser bautizados aquellos que no pueden ser instruidos?” (**Migne, CCX,,346**).

Esteban de Borbona fue un monje de la Orden de los Dominicos. Murió alrededor del año 1261 D. C., pero probablemente escribió la narración que aquí se menciona en 1225. El manuscrito de su libro está en la Biblioteca de la Sorbona, y sólo una parte de él ha sido impresa. Él escribió:

“Un argumento de su error es que el bautismo no trae a los infantes el beneficio de la salvación, porque no tienen ni la motivación ni pueden ejercer el acto de la fe, como dice en la parte final de Marcos” (**Dieckhoff, Die Waldenser im Mittelater, 160**).

Moneta, un monje Dominicano quien escribió antes del año 1240 D. C., dice:

“Ellos mantienen la nulidad del bautismo de infantes, y afirman que nadie puede ser salvo sin haber llegado a la edad de la razón”.

Rainerio Sacconi, 1250 D. C., publicó un catálogo de los errores de los Valdenses. Dice él:

“Algunos de ellos sostienen que el bautismo no beneficia en nada a los infantes, porque ellos aun no pueden creer” (**Coussard, Contra Valdenses, 126**).

Uno de los Inquisidores Austriacos escribió, en 1260 D. C.

“Respecto del bautismo, algunos yerran diciendo que los infantes no pueden ser salvos por medio del bautismo, porque el Señor dice, ‘El que creyere y fuere bautizado, será salvo’. Algunos de ellos bautizan nuevamente” (**Preger, Baitrage zur Geschicht, der Waldesier**).

David de Augsburgo, 1256-1272 D. C. dice:

“Ellos dicen que un hombre es entonces, por primera vez, verdaderamente bautizado, cuando es recibido en el compañerismo de la herejía (por medio del bautismo). Pero algunos dicen que el bautismo no produce beneficio alguno a los infantes porque ellos realmente no tienen la capacidad de creer” (**Prever, Der Tractat des David von Augsburg die Waldensier**).

Una línea más influyente de testigos contemporáneos difícilmente podría ser hallada. “Es casi superfluo señalar las notables coincidencias entre las enseñanzas de los Valdenses”, dice el profesor Vedder, “y los Anabautistas del siglo XVI. El testimonio es unánime en el sentido de que los Valdenses rechazaban en bautismo infantil” (**American Journal of Theology, IV. 448**). Si los Valdenses no eran Bautistas, entonces nada puede probarse históricamente.

**La Inmersión.** Es igualmente claro que la forma de bautismo era la inmersión. Ésta era, en aquella época, la práctica de todo el mundo Cristiano. Los grandes escritores Católico Romanos afirman que la inmersión era la forma correcta del bautismo. Pedro de Lombard, quien murió en 1164 D. C., declaró que, “sin duda alguna, esa era la forma bíblica del bautismo” (**Migne, CXCII. 335**). Tomás de Aquino se refiere a la inmersión como la práctica general de su día, y la prefiere como la más segura, como también lo hicieron Bonaventura y Duns Scotus. Estos eran grandes doctores de la Iglesia Católica en la Edad Media. Mezéray, el historiador Francés, está en lo correcto por lo que toca a la forma

del bautismo, cuando dice: "En el bautismo del siglo doce, sumergían al candidato en la fuente sagrada, para mostrar las operaciones que el sacramento experimentaba en el alma" (**Mézeray, Histoire de France, 288**). Y los escritores contemporáneos, Eberhard y Ermenegard, en su obra "Contra Valdenses", escrita hacia el final del siglo doce, repetidamente se refieren a la inmersión como la forma de bautismo entre los Valdenses (**Ver Gretscher, contra Valdenses. En Trias Scriptorum contra Valdenses, Ingoldstadt, 1614; también en Max. Bibl. Patr. XXIV, y finalmente en Las obras de Gretscher, XII**). Wall también observa acerca de estas gentes, "Y como Francia fue el primer país en el Cristianismo en el cual la inmersión de infantes fue hecha a un lado, así fue como el Anti-paidobautismo comenzó" (**Wall, The History of Infant Baptism, I. 480**). Ellos rechazaban el bautismo infantil y practicaban la inmersión.

Mabillon, el gran historiador Católico Romano, da una narración, más o menos de la época, en la cual habla de una inmersión llevada a cabo por el Papa mismo, la cual ocurrió en la Iglesia de San Juan el Evangelista. Se narra que el Papa bendijo el agua, y ...

"... luego, mientras todos estaba acomodándose en sus propios lugares, Su Santidad se retiró a un cuarto adyacente de San Juan el Evangelista, asistido por algunos acólitos quienes tomaron sus hábitos y le pusieron unos pantalones y sobrepelliz, y luego volvió al bautisterio. Allí estaban esperando los niños, el número de los cuales era más o menos el que usualmente bautizaba el Papa.

Después de que el Papa hubo formulado las preguntas de rigor, sumergió a tres, y salió del bautisterio. Sus ayudantes pusieron un manto sobre su sobrepelliz, y él volvió" (**Mabillon, Annales ordinis sancti Benedicto, I. 43**). Hasta el Papa practicaba la inmersión en esos días.

Toda institución tiene sus vicisitudes, y después del progreso viene la declinación. En el umbral de la reforma casi todo estaba declinando – la fe, la luz, la vida. Lo mismo aconteció a los Valdenses. Las persecuciones habían reducido su número y había quebrantado su espíritu, y aquellos cuantos líderes esparcidos fueron deslumbrados por las emergentes glorias de la Reforma. La porción mayor se había unido al movimiento de los Anabautistas. Enfermos y cansados en el corazón en 1530, el remanente de los Valdenses inició negociaciones con los Reformadores, pero un acuerdo no se alcanzó sino hasta 1532. Desde entonces los Valdenses han sido Paidobautistas.

### **Libros para consulta:**

- George P. Fisher, A History of the Christian Church, p. 204, 219, 272.
- Schaff, V. Pt. 1, 409, 473-507.
- Gieseler, III. 411-421.
- Comba, History of the Waldenses of Italy.

